

Reseña de
Rosanna Caramella de Gamarra

Hasta volvernos a encontrar... *Tupananchiskama* (novela)
Autora: María Belén Alemán

El día 20 de noviembre último, en el Museo de Arqueología de Alta Montaña, se presentó la primera novela escrita por María Belén Alemán: *Hasta volvernos a encontrar...* *Tupananchiskama*.

Me cuesta comenzar este nuevo día... me cuesta encerrar la noche bajo mi almohada para abrir la ventana y palpar la húmeda brisa mañanera.

El té y las tostadas son un bálsamo para enfrentar la jornada. Estiro mi cuerpo –como los gatos– y sacudo los últimos restos de pesadumbre y lagañas. Hay algo en el aire que obliga a no claudicar, a dibujar la hierba en el cuerpo, tatuar un cielo en el ombligo y... salir.

Mi negro perro fiel, a lengüetazos, me demuestra que –por lo menos él– me quiere.

Con estas palabras Belén nos introduce en el mundo de su novela. Un mundo que, en realidad es dos mundos. Vemos discurrir ante nuestros ojos una historia común, una mujer con su vida, sus ocupaciones y preocupaciones, una mujer joven aún, pero con una vida a cuestas: los hijos, el marido, el trabajo, y la necesidad de reencontrarse consigo misma.

La trama se va hilvanando de a poco con frases escuetas, consecuentes con el vertiginoso ritmo de la sociedad contemporánea, casi como si no se hubieran terminado de desarrollar los pensamientos. Las acciones

puntuales se suceden unas a otras y, cada tanto, la necesidad de la protagonista de penetrar en su interior, indagar e indagarse en una búsqueda afanosa de sentidos, de respuestas, a los otros, a sí misma; respuestas que no se logran generalmente.

Sin que terminemos de captar hacia dónde nos conduce el relato, de pronto, otra historia, otra novela irrumpe:

Su madre la va vistiendo lentamente, demorando sus manos ásperas en los gruesos y oscuros cabellos trenzados. Le acaricia las mejillas, esos pómulos salientes de la raza inca. El viento seco, el sol eterno de la puna endurecen la piel hasta volverla ca-parazón inconvencible. La joven ya está casi lista. El viaje ha sido muy largo y extenuante. Se acerca la consumación de su destino, el destino que le fue fijado aún antes de nacer. Es la elegida, la mensajera de los dioses, quien aliviará los dolores del gran Inca y logrará que las cosechas sean abundantes.

Un poco más lejos, el rústico altar de piedra levantado por los hombres de la comitiva va recibiendo las ofrendas, mientras suaves murmullos se unen en una plegaria a los dioses. Crean que con la *capa bucha* terminará la furia divina.

Y a partir de aquí se irán sucediendo capítulos que van de uno al otro mundo de una particular manera; no precisamente en una obvia alternancia o contrapunto de una y otra historia. Se abre la novela con la historia actual, se plantea, se instala en su hilo argumental; se abre la historia antigua, se desarrolla, y casi en su culminación se pone en movimiento nuevamente la primera; se encuentran en un clímax convulsivo y de allí cae abruptamente la tensión en una vuelta a la realidad, a la actualidad, transformada profundamente en su interior la protagonista moderna de esta historia.

Al recorrer las secuencias narrativas, vemos que termina construyéndose un texto a dos voces, pero cada una de ellas polifónica a su vez, y la autora es la directora de orquesta que va dando entrada a cada voz, hasta que las funde en la explosión de una única armonía, de donde sale de nuevo, tímida, una de ellas transformada, tocada por la otra.

El relato de ambos mundos está atravesado por preocupaciones

atinentes a las circunstancias de vida que los caracterizan. Y resulta sorprendente, al realizar un recuento de cuáles son esas preocupaciones, cómo el mundo antiguo es visto desde lo colectivo, lo plural, mientras que la contemporaneidad se centra en el individuo, en lo emergente, en la noticia, en lo efímero y fugaz de una sociedad que ha perdido su sentido de comunidad.

Aquel pueblo está penetrado de una problemática de dimensión comunitaria, mientras que esta sociedad va individualmente hacia adelante (¿o atrás?) movida por intereses puramente emergentes, que no trascienden el plano de lo personal. Y lo que antes era natural tiene que ser renombrado y ahora hablamos de «construir utopías», en palabras de Belén.

Se me impuso entonces la idea de que se puede leer esta novela en clave de la distancia que media entre esos dos mundos, una distancia no sólo temporal, sino de sentidos profundos y he aquí que se hace evidente que, por encima de la trama argumental que podemos leer en las páginas, esas dos historias nos dicen mucho más.

Un paréntesis para referirme a este «leer en clave de». Todo libro es muchos libros, tantos como lectores se acerquen a él, pero también para un mismo lector, en distintos momentos, el libro puede abrir nuevas posibilidades de interpretación, y más aún, si nos proponemos ya conscientemente el ejercicio de una lectura en la búsqueda de determinadas señales.

Volviendo ahora a esta novela, decía: leerla en clave de la distancia que separa los dos mundos, distancia, insisto, no sólo temporal, sino y fundamentalmente, de sentidos. Entonces, repito, las dos historias que se entraman nos dicen mucho más:

Nos dicen, principalmente, de la diferencia profunda que existe entre el ser que piensa, vive, ac-túa, organiza su vida y elige en función de un valor trascendente de índole comunitaria y el ser que lo hace desde su propia individualidad, desde sus intereses, apetencias y necesidades personales, desde el puro hedonismo y el materialismo que impregna el mundo contemporáneo.

En los dos mundos hay situaciones complejas, en los dos mundos hay que resolver y tomar decisiones y afrontar las propias responsabilida-

des, pero es evidente que todo eso tiene un fin más alto cuando se piensa que las propias acciones producen efectos en el destino de todo un pueblo y justamente esto es lo que quita sentido a la vida contemporánea:

Miro la agenda. Lo relevante está subrayado con flúo verde. ¿Lo relevante? (13)

Aparte de que en algún momento nos sentimos tentados a pensar que tal concepto pueda derivar de la natural tendencia a mirar hacia atrás, a la antigüedad, con el consabido «todo tiempo pasado fue mejor»; aparte de ello, indudablemente hay un abismo de distancia en la forma de concebir la vida.

Y esto ¿qué tiene que ver con la novela?

Podríamos tomar muchos ejes para desarrollar la respuesta a esta pregunta. Tomemos uno de ellos, que por otra parte me parece central en la novela y un fuerte elemento de unión entre los dos textos: el viaje, su sentido, su preparación, su concreción.

Un descubrimiento arqueológico: lo que conocemos hoy como «Los Niños del Lullailaco»; fuerte revolución en el campo de la antropología, enfocado en la novela desde la cobertura periodística que se pone en funcionamiento. Un pueblo antiguo, movido por fuertes catástrofes y presagios a realizar una ceremonia propiciatoria radical: una capacochoa.

En la historia antigua, una joven que ha sido elegida de entre las Vírgenes del Sol, será ofrendada en la montaña más alta, para lo cual se trasladará con una importante comitiva, precedida de otros que han ido preparando los espacios y los refugios para hacer posible la llegada a destino. Esta ofrenda es necesaria: la falta de lluvias produce una sequía que ya lleva mucho tiempo, el Inca está muy enfermo, la montaña ruge sus amenazas:

La enfermedad de su Señor tiene estrecha relación con el mal que aqueja a su comarca. El dios de la montaña descarga su ira, por lo que deben esforzarse para calmarlo. No quieren lenguas de fuego bajando por la ladera de la montaña, no quieren el humo negro como techumbre de sus pueblos.

En la historia moderna, una periodista viajará con otras personas a cubrir la noticia. Los preceden los que han extraído los cuerpos de la mon-

taña, investigadores, estudiantes, cargadores...

Los arqueólogos llevan meses buscando. Y, por fin... el increíble hallazgo. El ejército está prestando el apoyo necesario: equipos electrógenos, carpas, cocinas de campaña. No quieren que la prensa moleste demasiado. Ustedes permanecerán en el campamento base.

En ambos casos, hay fuertes preparativos: en el pueblo aborígen, los sacerdotes son quienes llevan el mando y determinan cómo se deben hacer las cosas. Todos siguen el ritual y se ajustan a determinaciones de carácter ancestral.

Luego de largas sesiones, el consejo decide hacer una ofrenda mayor. Entonces, los sacerdotes se dirigen a la Casa de las Vírgenes del Sol, donde las *mamacunas* cuidan de las jóvenes doncellas con gran celo, mientras les enseñan el culto a los dioses. Deben elegir a dos jóvenes vírgenes para cumplir una sagrada misión que traerá bienestar y alegría a su pueblo.

Cumplida la tarea de selección de las *acallas* inician los preparativos para el largo viaje. La comitiva sagrada debe emprender, cuanto antes, el ascenso purificador hacia la cumbre más cercana al sol. Allí, entre rezos y cánticos, entregarán a las más bellas vírgenes para regocijo de los dioses y bienaventuranza del pueblo. Están seguros de que la furia del Señor de la Montaña se calmará rápidamente; el valle volverá a florecer y el Único Señor recuperará la salud. (87)

Los sacerdotes y consejeros deciden hacer una ofrenda a los dioses; buscan a la doncella de entre las Vírgenes del Sol, la examinan cuidadosamente (el Inca y los sacerdotes), se prepara el ajuar de la doncella, se despacha el grupo de cargadores que debe aprovisionar los refugios para la importante comitiva, se convoca a quienes integrarán la procesión: «sacerdotes, amautas, su madre, jóvenes del pueblo, trabajadores, cargadores».

Pero lo categórico de todo esto es el motivo, el motor que mueve a toda la comunidad y determina la vida de los individuos:

Hacia allí va Mayuasiri, joven de dulce canto, a entregarse por amor a su pueblo, a entregarse para dar salud a su rey, fertilidad al ganado y a las tierras del imperio. Nadie le preguntó si está dispuesta. No caben interrogantes; nació para cumplir una sagrada misión. (95)

Y mientras ella cumpla con el destino que le ha sido asignado, en cada pueblo del imperio acompañan a los viajeros con sus plegarias:

Mientras tanto, los que quedaron en el Cusco intercalan sus actividades cotidianas con ceremonias y rituales pidiendo por el éxito del largo viaje hacia la gran montaña de nieve y fuego. (113)

En síntesis, el ritual, la preparación minuciosa de cada detalle previo y durante el recorrido, las cuestiones, tanto del orden de lo sagrado como de lo doméstico, todo ello atenta y cuidadosamente organizado y llevado a cabo.

En contraposición a todo esto, en la historia moderna, cada uno corre atendiendo sus propias obligaciones -las laborales y las personales-:

-Empezaremos a preparar el viaje inmediatamente. En dos días a lo sumo tendrán que partir. Los arqueólogos [...] El ejército [...] Ustedes [...] Quiero un registro de la expedición día a día, con fotografías del volcán, de los santuarios, de la organización y el campamento... No los dejarán ascender, pero ya hicimos los arreglos para comprar las fotografías de altura que nos interesen. [...] Bueno, Laura, en marcha. Tiene dos días para arreglar sus asuntos familiares, leer e investigar todo lo que pueda sobre el tema. Mañana a las ocho hay reunión de equipo.

[...]

Me esperaban días movidos. Traté de anotar en la agenda todo lo que debía hacer antes de partir: renovar plazo fijo en el banco -¿aguantará el país o mejor lo guardo en la caja de seguridad?-, retirar traje gris de Jorge de la tintorería, buscar campera de pluma y toda la vestimenta adecuada, dejar comida frizada, no olvidarme del equipo fotográfico y de filmación de Darío y la notebook, dejar arreglado lo del viaje de Luis, comprar regalo de casamiento para Malena y Bal-tazar, pedir remedios para el apunamiento al Dr. Ramos, comprar alimento para el perro, cambiar turno de dentista -segunda vez que suspendo, qué le voy a hacer-; buscar mochila... y hablar con vos, Jorge... sería bueno hablar antes de partir nuevamente... (135-136)

Dos viajes, dos caminos en destiempos, que van inexorablemente hacia el punto del encuentro, el que se producirá en un instante de gran conmoción, del que se vuelve (en la novela) sin saber cómo, como después de un desmayo, experiencia extrema, gran convulsión de sentidos y razón

que necesariamente deben producir una transformación, consecuente con la crisis que vive la protagonista cuando comienza la novela: crisis indispensable para que se produzcan cuestionamientos, revisiones, aturdimientos, necesidad de retorno al equilibrio, a la serenidad. Es esa crisis el condimento natural para que sea posible la transformación final. Y aquí cobra sentido la tercera voz que construye este relato, la voz lírica que va permitiendo que el sentimiento fluya sin frenos, sin razones que lo sustenten, libre de las ataduras que el texto narrativo impone.

Se confabulan entonces la necesidad de sentirse amados con algún «deus ex machina» escapado de la epopeya clásica, y el contacto, la piel, es, parodiando a Dante, el «Galeotto» que en un soplo mágico transforma la realidad. En Dante esa transformación desemboca en la perdición de los amantes; en este caso, en la renovación vital.

Un párrafo aparte merece la investigación que sustenta la ficción. Mucho se ha discutido, a partir del *boom* de la novela histórica en las últimas décadas, en torno a la relación entre historia y ficción novelesca. Pero más allá de cualquier teorización dogmática, interesa señalar la actitud de la autora ante el hecho histórico: lo piensa, lo descubre, descubre su potencial estético, lo estudia, se mete dentro, lo introduce en ella, y finalmente da a luz una verdadera y particular recreación.

Retomando entonces la idea de la lectura de la novela en clave de desnudar la distancia que separa los dos mundos entre los que se reparte la ficción narrativa, el título cobra una dimensión nueva y diferente: «Hasta volvernos a encontrar... *Tupananchiskama*», expresa un anhelo y una concreción a la vez, pero también podemos llevarlo a significar: «hasta volvernos a encontrar...» con nosotros mismos, con el verdadero sentido de la novela, de la vida, ¿con el amor?